

El tema de España en la poesía española contemporánea

HE AQUÍ UN LIBRO NO SÓLO OPORTUNO, SINO NECESARIO. ME parece que la mejor forma de comprender la poesía de una época es estudiar aún más que sus poetas, sus temas. Porque es en éstos: en su elección y en su tratamiento, donde se acusa el talante de una época. Todas han cantado el amor: pero no con la misma trascendencia. Todas han cantado la muerte: pero no con igual patetismo. No todas han percibido la comunicación del paisaje. Tampoco todas han sentido la patria ni, por supuesto, de igual modo.

Este tema de la patria es uno de los que más caracterizan la poesía española del último cuarto de siglo. Su presencia en otras épocas va siendo rastreada por José Luis Cano en el prólogo del reciente volumen¹ hasta cimentar unos antecedentes de su dramática comprensión, desde Fray Luis y Quevedo, quienes bien pronto sienten el dolor de una nación desangrada y empobrecida, en contraste con los poemas de brillo militar de un Aldana o un Acuña. Los poetas moralistas del XVIII, como luego Larra y más adelante los noventaiochistas, son importantes jalones o hitos del pensamiento poético preocupado en torno a la patria. Los nombres de Unamuno y Machado resultan, lógicamente,

¹ Editorial «Revista de Occidente», Madrid, 1964.

los más detectados por el radar crítico, máxime si se tiene en cuenta que, por lo general, la generación del 27 se inhibió del asunto, absorbida como estaba por objetivos esteticistas y renovadores de la pureza poética. Ha sido luego, ya en la guerra civil y pasada ésta, cuando Aleixandre, Dámaso Alonso, Cernuda, han ofrecido muestras —y algunas extraordinarias, como era de esperar— del tema. Gerardo Diego lo había antes tocado en su aspecto paisajístico y José M.^a Pemán en su *Elegía de la tradición de España* —incorporada por Cano a este libro—, con intención y oportunidad políticas pero con realización poética excelente. En cuanto a Rafael Alberti, poco antes de 1936 había iniciado sus poemas combativos.

En el recorrido histórico el prólogo aporta ejemplos interesantes y de valor bibliográfico. Entre ellos hay un soneto anónimo que Cano atribuye, con lógica, a la amargura de alguno de los *ilustrados* españoles de fines del xviii, conscientes del atraso de España y del poder de las fuerzas opuestas al progreso. Es una imagen terrible de la España negra de entonces —«imagen injusta en su exageración», añade Cano— que se publicó en el *Correo de Madrid* el 22 de marzo de 1788, año en que sube al trono Carlos IV. Por lo que más adelante señalo, vale la pena reproducir aquí su texto:

*Reyno infeliz, país desventurado,
horrible muladar, rincón del mundo.
Caos de lobreguez, seno profundo,
entre tinieblas siempre sepultado.*

*Áspero, rudo clima, temple airado,
 infiel, bárbaro trato, sitio inmundo,
 adonde, con verdad, eres segundo
 Argel de forasteros declarado.*

*En el nombre de Dios Santo y Eterno,
 con cuanta fuerza tiene el exorcismo,
 te conjuro y apremio, triste averno,*

*para que me declares por ti mismo
 si eres en verdad el propio infierno,
 si retrato eres sólo del abismo.*

Sin embargo, y aunque Cano está en lo cierto al considerarlo un antecedente de la visión amarga y de la línea del criticismo español que, engrandecida por el 98, llega a muchos de los poetas actuales, me ha asaltado la duda sobre la intención y el destino de tales versos, ya que, con ligeras variantes y omitiendo dos —lo cual tambalea su presunción sonetil— fue tomado como sátira y ofensa al reino de Galicia por el P. Cernadas, cura de Fruime, quien replicó con otra composición inmoderada. Véase la versión antigallega:

*Reyno infeliz, país desventurado
 de España, muladar, rincón del mundo
 entre tinieblas siempre sepultado,
 áspero, rudo clima, temple airado,
 infiel, bárbaro trato, sitio inmundo,
 gente sin sociedad, campo infecundo:*

*en el nombre de Dios santo y eterno
con cuanta fuerza tiene el exorcismo,
te conjuro y apremio, triste averno,
para que me declares por ti mismo
si eres en realidad el propio infierno
o si eres retrato del abismo.*

Y he aquí la réplica de Cernadas:

*Es hermosa mi huerta y fértil, pero
viene la oruga, cómela y la afea:
por bien abastecido que lo vea
viene el ratón y estrágame el granero.
Muy poblada mi viña considero,
viene el marrano vil y la estropea:
gallinas y substancia hay en mi aldea,
viene y las rapa el zorro trapacero.
Oruga el asturiano en su codicia,
ratón el castellano desdichado,
marrano el andaluz en su inmundicia,
y zorro el montañés disimulado:
éstos la comen y hacen a Galicia
reino infeliz, país desventurado.*

Según Francisco Elías de Tejada en su libro *La tradición gallega*² el soneto se halla en el tomo I de las obras del cura Cernadas. Ahora bien, la edición de esas obras es anterior al año que da Cano como de publi-

* Madrid, 1944, Distribución Librería General, Zaragoza.

cación del soneto anónimo en el *Correo de Madrid*. Sería curioso precisar si es que existieron dos versiones y si en la segunda la intención regionalista fue ampliada.

Vuelvo al tema concreto del libro. Está perfectamente vista por Cano —que no en balde ha seguido día a día la creación poética española desde 1940, tomando en ella doble acción: de poeta y de crítico— la línea evolutiva, de la postguerra hasta hoy. El *garcilasismo*, su desvinculación de la realidad española, y las posteriores influencias de Machado y Aleixandre, a las que debe añadirse la de Miguel Hernández.

Es discutible, sin embargo, atribuir a una llamada generación del 50 la reincorporación del tema de España a nuestra poesía. Por una parte, porque al propio Bousoño —a quien Cano da, no sin cierta razón, el mérito de ser el iniciador— publica su libro *Subida al amor*, ya con poemas de este asunto, en 1945. Por otra parte, Crémer, Celaya, Garcíasol (algunos otros de los que el mismo Cano cita) sólo muy relativamente pueden llamarse «generación del 50», ya que las fechas de su nacimiento son, respectivamente, 1910, 1911, 1913. Yo la llamaría, simplemente, «generación de postguerra», cuya coyuntura empiezan a publicar sus libros, aunque en tal denominación quepan también los poetas *garcilasistas*, pues se trata de dos posturas coetáneas, movidas por distintas actitudes vitales, conforme claramente se deduce de la misma antología de Cano, ya que ha de incorporar a unos y a otros en dos vertientes del tema: la de problemática preocupada y aun angustiada y la de contemplación paisajística, reposada y estetizante

(Otero, Celaya, Garcíasol, Crémer, etc., y García Nieto, Anglada, Alcántara, etc.)

Pero no se me oculta que ello es simple cuestión denominadora. Más importante puede ser constatar que algunos de los poetas que han cantado en la postguerra el tema de España en su dimensión profunda y dramática, no improvisan el canto entonces, sino que lo extraen de sus propias primeras voces juveniles apuntadas en los años de la guerra civil.

Como quiera que sea, debe decirse que Cano nos conduce bien hasta esta época de intenso tratamiento de los motivos españoles en la poesía, en la que existe un cómo sentimiento angustiado y doloroso de la patria —nos dice— constituyendo un fenómeno sin par en toda la historia de la poesía, ni en la de España ni en la del mundo. A este fenómeno singular —y de elevadísima calidad poética— es al que el antólogo dedica mayor atención. Lo merecen su singularidad, su intensidad y su altura. Pero, al lado, discurre la otra vena de la contemplación del paisaje, no desdeñable. No la desdeña Cano, seleccionando bien, pese a la vastedad del campo. Con ello, el homenaje a España que la antología supone es integrador y va de la razón a los sentidos y del corazón a los ojos. O del dolor a la belleza. En todo caso, al amor, totalizador y comprensivo.

Un acierto me parece colocar junto a Unamuno y Machado a Maragall, con una versión castellana —debida a Santos Torroella— de la impresionante *Oda a Espanya*. Tampoco falta Juan Ramón, en cuya poesía de intimidad

y belleza no dejó de proyectarse la emoción de *recuperar el ámbito patrio*, eso sin contar la extensa gama de sus poemas nostálgicos, de un tiempo redivivo.

En la generación del 27 encontramos un Lorca de canción, en el más bello contacto con el panorama fluvial de su Granada. También el paisaje de ríos y cumbres, y la silueta inmortalizada del ciprés, nos llegan por el verso perfecto de Gerardo. En Dámaso —en los dos poemas aquí traídos— la tierra de España tiene nombres humanos: Juan de la Cruz, Góngora, Quevedo, Juan Ruiz... o Don Miguel de Unamuno. De Alberti, que tantos poemas escribió *desde cerca*, se escogen tres *desde lejos* —como corresponde a la contemporaneidad buscada. Mas, por el contrario, no aparecen poemas recientes de Cernuda, sino una antigua *Elegía española*, que vio la luz por primera vez en la revista *Hora de España*. La ausencia de su *Díptico español* —donde amargura y desdén le llevan a terribles extremos negativos— responderá, acaso, a las mismas razones que, dolorosamente, privan al libro de la presencia de León Felipe y de Emilio Prados. Aleixandre está representado por un poema en el cual el paisaje adquiere dimensión histórica, y por unos de sus extraordinarios poemas de comunicación y solidaridad, perteneciente al libro *Historia del corazón*. Guillén, con su nueva lírica, casi épica, su poesía circunstanciada e historicista de los últimos libros.

Otros poetas de la misma generación y que han sido incluidos son Max Aub, José Bergamín, Doménchina, Garfias. De la siguiente, Aparicio, Azcoaga, Herrera

Petere, Muñoz Rojas, Panero, Pla y Beltrán, Quiroga Pla, Rejano, Ridruejo, Vivanco y, naturalmente, Miguel Hernández, cuya vehemente pasión en este tema, como en cuantos tocó su ardiente y rotundo verso, deja reconocible rastro en la poesía posterior.

Nótese cómo, muy justamente, Cano ha tenido en cuenta a los poetas de la llamada «España peregrina». Siempre fue el exilio ocasión para sentir y cantar con hondura el tema patrio.

Las generaciones de postguerra son las más representadas en el amplio panorama que comentamos. Es innegable que, como queda dicho, a ellas se debe el intenso y singular revivir del tema. Vuelvo a lo insinuado antes y me pregunto: ¿por qué algunos de sus miembros lo traían latente, desde la experiencia de la lucha civil?, ¿por qué aquellos otros que vieron con infantiles ojos las escenas fratricidas reaccionan de esa manera, llegados a la juventud? Probablemente, ambas cosas. Lo cierto es que la inquietud nace entre los poetas jóvenes de la postguerra y que, precisamente, su juventud y la coyuntura histórica, su desolado panorama físico y moral, son los motivos incitadores.

La unidad temática está lejos de imponer —aclaremos— monotonía uniforme. Y no sólo por aquellos los grandes grupos aludidos: preocupación y contemplación, sino por varios aspectos que datan a esta poesía de gran riqueza expresiva. No canta a España igual Bousoño que Celaya, ni Ángela Figuera que Garcíasol, ni Gaos que Otero. Las voces de Nora, Hierro, Crémer, García Baena, García Narezo, Anglada, García Nieto, Pérez

Valiente, Pinillos, Concha Zardoya, Santos Torroella, Albi, Andúgar, son, como conoce cualquier lector de poesía contemporánea, suficientemente personales.

Nuevos matices añaden otros poetas más jóvenes, muy especialmente Carlos Sahagún, o bien Crespo, Bengoechea, Alcántara, Arce, Arroita, Caballero Bonald, Valente, Cabañero, Goytisolo, Giner de los Ríos, Gil de Biedma, Mantero, Quiñones, Elvira Lacaci, Felipe Sordo, Rodríguez...

Son las inclusiones y las exclusiones el caballo de batalla de toda antología, aunque aquí vengan condicionadas por la dedicación al tema. Por lo que a esta nómina se refiere, yo la veo muy completa en la parte digamos de meditación o preocupación. En la de aspecto geográfico, forzosamente tenían que ocasionarse más ausencias, ya que, como el propio Cano dice, es una zona tan amplia que por sí sola puede colmar una voluminosa antología. Cupo, sin duda, haber dado entrada a libros como, por ejemplo, *Cancionero de la Alcarria*, de Cela. Cano ha tenido que sacrificar, sin duda, muchas cosas, como acontece siempre que se elige. Por otra parte, es evidente, a mi juicio, que la trascendencia del libro, su importancia, está en la voz dramática, de dolor o de protesta, que patentiza el sentimiento y la preocupación de una gran mayoría de poetas españoles. Bastaría enumerar títulos de las divisiones del volumen, bajo cuyos nombres se agrupan las piezas seleccionadas: *Toro de Iberia*, *El mal de España*, *España amarga*, *La España partida*, *Soñando a España*, *Desde lejos*, *Al volver*, *España del amor*...

Esta antología es el exponente de una actitud. La poesía española no se despreocupa de la realidad en que vive, no se venda los ojos y, aunque hermosos, no se queda en el encanto de los paisajes, sino que ahonda en ellos y los vive, tratando de pulsar la historia viva.

El poeta no es una especie de soñador que escribe al dictado de mágico soplo y que se recrea tan sólo en bellezas y encantos. Quienes así piensan, a estas alturas, niegan al poeta la denominación de intelectual. Pero esta oportuna y necesaria antología de Cano reivindica para buena parte de nuestra poesía tal calidad, situando a los poetas actuales en una línea que ha frecuentado la intelectualidad de nuestra patria, ya se llame Larra, Unamuno, Machado, Baroja, Ortega, Américo Castro, Laín u otros ensayistas que, como recuerda Cano, han dado origen a ese libro de la escritora Dolores Franco que se llama *España como preocupación*.

José Luis Cano lo complementa —además de obtener una antología poética por otros muchos motivos excelentes— con este volumen que podría llamarse *España como preocupación en los poetas actuales*.

LEOPOLDO DE LUIS